

ME LLAMO JUAN (SEUDÓNIMO SASTRÓN)

Mi hermano Antonio murió en Belchite en 1938. Tenía 21 años y yo 14. Éramos 3 hermanos y una hermana que era la mayor, pero con quien yo mejor me entendía era con Antonio, con mis otros hermanos no había la misma relación, eran muy distintos a Antonio y a mí, yo era el tercero.

Su pérdida fue el golpe más duro que me ha pasado en mi vida. Él era mi referencia, me enseñaba todo lo que sabía, era muy tranquilo, yo todo lo contrario, por eso creo que coincidíamos el uno y el otro.

Mi hermana mayor Julia de carácter fuerte y controlador era muy similar al de Alfonso, el pequeño, por eso no se llevaban bien entre ellos a pesar de la diferencia de edad.

Una guerra lleva siempre consigo un alto riesgo, nunca pensé en decirle que no fuese porque podía morir, o tener que matar él a otras personas.

Cuando sucedió su muerte, fue cuando pensé porqué no le había dicho todo lo anterior, no creo que me hubiese obedecido, era de esa clase de chicos trabajadores, muy leal con todos y consigo mismo, de pocas palabras y siempre atento con los demás.

Años más tarde seguía preguntándome como pudo suceder, sólo quería conocer mejor aquella tragedia contada y vivida por unos y otros, una tragedia nacional que aún hoy, no está olvidada puesto que casi todas las familias, perdieron a algún familiar o ser querido.

Mis padres aquella pena la llevaron como una losa toda su vida.

Mientras tanto, los que nos habíamos quedado en casa, seguíamos haciendo nuestra vida, y como hoy se sigue haciendo en cualquier parte del planeta dónde hay una guerra, los chicos juegan a guerras, eso era lo que hacíamos nosotros, mayores contra pequeños, otras veces nos mezclábamos para igualar los combates, nuestras armas las fabricábamos nosotros mismos, todos disponíamos de un arco de madera de boj y flechas de todo tipo. Nuestras guerras eran siempre por el pinar junto al pueblo, aprovechando los árboles y los matorrales.

Un día Titín había conseguido las varillas de un paraguas abandonado; nada más verlo todos le dijimos que era peligroso utilizar aquello como arma, pero como tampoco queríamos que se quedara fuera del grupo, al final consentimos que las usara.

Una tarde de domingo del mes de noviembre de 1938, en una de las muchas guerrillas que montábamos, tuve la mala suerte que la flecha de Titín me alcanzó en el ojo derecho, mientras los otros estaban enfrascados en otra guerra, nada se pudo hacer sin médico en el pueblo y cuando me atendieron fue para sacarme el ojo, lo pasé muy mal.

Como en los pueblos son tan amigos de poner mote o apodos, pronto me enteré de mi nuevo nombre “ojo bola” y dejé de llamarme Juan. Toda la cuadrilla comenzó a llamarme “ojo bola”, aquello me cambió la vida, no lo soportaba, y más habiendo sido provocado por uno de ellos, me alejé del grupo.

Mis padres para tratar de evitar la mofa constante de los que creía mis amigos, me llevaron después de venderse algunas cosillas y pasados cuatro años a una clínica de Madrid, como ya no se podía hacer nada, ya que después de tanto tiempo ya no quedaba nada con vida dentro de la cavidad del ojo, la solución que se adoptó fue colocarme un ojo de cristal, no sé que fue peor si ir antes con el ojo tapado o después con un ojo de cristal.

Ocho meses después de la muerte de mi hermano, llegó mi accidente y para mis padres supuso un duro golpe, el pelo de mi padre se volvió blanco en poco tiempo.

Un tiempo después de volver de Madrid con mi ojo de cristal, los antiguos amigos trataron de recuperarme y me invitaron para que formara parte de la peña con ellos, se acercaban las fiestas del pueblo, ya teníamos 18 años y otros 19.

Yo ya no era el mismo, en esos cuatro años mi carácter había cambiado mucho.

Fueron las primeras fiestas en las que se autorizó a agruparse las peñas como antes de la guerra. A nosotros nos tocó preparar el melocotón con vino de la última noche para que bebiese todo el mundo.

Mientras estaba repartiendo el melocotón con vino junto a otro compañero de la peña, alguien me golpeó con mala intención en la cabeza justo cuando me agachaba a llenar un vaso de los muchos que llenábamos; con el golpe recibido mi ojo de cristal saltó y fue a caer en el recipiente del melocotón con vino. Mi instinto fue meter el brazo en el recipiente, pero no fue fácil por los nervios del momento, y las carcajadas del respetable fueron en aumento, siendo los que yo creía mis compañeros los que más reían.

Muy triste, me retiré a mi casa, al llegar les conté a mis padres lo ocurrido, no se opusieron cuando les planteé que había llegado el momento de abandonar el pueblo, así no podía vivir un día más. Esa misma noche preparé la maleta y al día siguiente mi padre con su yegua me acercó a la estación más próxima.

La adaptación a la ciudad no fue como yo me la esperaba.

Después de varios trabajos por tiempos cortos, un familiar de mis padres consiguió que me dieran trabajo de ayudante de algo nuevo que las familias veían bien. Se trataba de ayudante de maquillador de cadáveres, a mis padres no les quise decir que ese era mi trabajo. De acuerdo con mi familiar, él les dijo que me había conseguido trabajo en una

azucarera, yo cuándo lo pensaba me decía que hubiese sido un trabajo más dulce sin ninguna duda. Al principio mi jornada laboral no era larga, pero cuándo ya fui cogiendo soltura, mi jefe consideró que podía hacerlo sólo, pero en ese trabajo no era lo mismo hacerlo sólo que acompañado.

El guarda, un tipo alto poco hablador, hacía las rondas cada hora, se llamaba Alfonso, de vez en cuando pasaba y entraba para ver que tal estaba y poco más, ya que era parco en palabras. Siempre me preguntaba si notaba caídas de tensión ó si se apagaban las luces. Pasados los días y al ver que no variaban sus preguntas, un noche de las que había poco trabajo, le seguí para comprobar como se comportaba al llegar a las salas de los sótanos; en esos momentos me sentí un espía, porque al verle noté que me temblaban las piernas, el bajaba el interruptor y el alumbrado de las salas iba cayendo lentamente hasta quedar a oscuras, mientras él subía disparado las escaleras, pero yo abandoné mi puesto de espía más rápido que él.

Al día siguiente, cuando pasó de ronda y me hizo las preguntas de todas las noches, no pude aguantarme más, yo le pregunté que ocurría, porque siempre me preguntaba lo mismo, se quedó unos momentos callado y dijo: en este complejo pasa algo muy extraño, apago las luces de las salas que han quedado encendidas y a la siguiente ronda me las encuentro encendidas, y al revés las que están encendidas, en la siguiente ronda me las encuentro apagadas, parece como si hubiese alguien que fuese detrás de mí, así que voy a serte sincero, me dijo, si puedo me marcharé pronto de este trabajo, al decirme aquello un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, del que no quise que Alfonso se diera cuenta. Al notar el miedo, me acordé de lo que nos decía mi padre a mis hermanos y a mí cuándo éramos pequeños, el miedo está en un montón y cada uno coge el que quiere.

Pasados unos días dejé de ver a Alfonso y cuando pregunté por él me dijeron que había dejado el trabajo.

El nuevo guarda del complejo era más menudo que Alfonso, Yo ya no me atrevía a moverme de mi zona de trabajo, cada día salía con más miedo y la entrada todavía era peor, por lo que decidí dejar aquél trabajo, con el miedo metido en el cuerpo no podía vivir. Conseguí un nuevo trabajo como repartidor de pescado y a pesar de no irme las cosas en la ciudad como yo esperaba, no me acordaba de mi pueblo y de lo ocurrido allí.

Nunca más regresé al pueblo, mis padres y hermanos también acabaron marchándose en busca de nuevos horizontes, en la ciudad jamás tuve ningún problema, volví a llamarme Juan.